

CAPITULO XXVIII.

Cocina americana.—Tertulias.—Vestido.—Trineos.—Hábitos interesados.—Aviso de un colector de contribuciones.—Anécdota del duque de Sajonia-Weimar.



No debo ciertamente olvidar en la relación que escribo de cuanto sé de la América del Norte, una parte tan esencial como la cocina. Muchas anomalías hai en la manera de servir hasta las mesas de primer orden; pero como tales variedades son puntos de costumbre ó gusto, no se infiere de ellas que los Americanos miren un artículo tan importante con indiferencia ó abandono: y que pongan los castores en la mesa ó en la alacena, ó que la sopa, el pescado, las pastas y la ensalada se coman ó no segun la disciplina ortodoxa, poco importa. Yo temo no ser bastante capaz de hacer una crítica erudita sobre este punto, y por lo tanto me contentaré con las observaciones generales. Allí se vive ordinariamente con abundancia, pero sin ese gusto exquisito, esa disposición esmerada que en Europa llamamos delicadeza y regalo. Los Americanos consu-

men una cantidad extraordinaria de tocino. El jamon y lonjas de vaca salen á la mesa por la mañana, á mediodia, y á la noche. Sus mezcolanzas son las mas estrambóticas que se pueden imaginar: yo he visto comer huevos y ostras todo junto, el sempiterno jamon con la compota de manzana, solomó de vaca con albérchigos en conserva, y pescado en salmuera con cebollas. El pan es excelente en todas partes, mas apenas lo prueban, porque se atracan por la mañana y por la tarde de unos malditos bollos calientes que estan á medio cocer. La manteca es pasadera, pero rara vez tienen la deliciosa nata que se encuentra en Inglaterra hasta en las mas pequeñas lecherías, porque en realidad sus vacas estan menos bien cuidadas que las nuestras. Las legumbres comunes son abundantes y muy buenas; no ví coliflores, y sea por falta de riego á causa de la escasez de lluvias en el verano, sea por falta de cuidado, las hortalizas se acaban mucho antes en América que en Europa. El maiz hace un papel principal en la mesa de los Americanos del Norte, que lo comen de diferentes maneras: unas veces lo guisan verde y lo sirven del mismo modo que los pésoles, otras lo quebrantan, cuando está seco, lo hierven y lo sacan á la mesa como el arroz, y á ese plato dan el nombre de *homini*. De la harina del maiz ha-

cen á lo menos una docena de especies distintas de pastas, todas en mi sentir á cual peor, y tambien mezclando una tercera parte de esta harina con la de buen trigo amasan el mejor pan que yo he comido.

Nunca ví rodaballo, salmon ni merluza fresca; pero los roques y el sábalo son excelentes. En la composicion de las salsas se nota gran falta de habilidad, y no solamente en la composicion de las que confeccionan para el pescado sino de todas las demas. Se sirven mui pocos platos aderezados, y de todos los que ví ni uno siquiera hubiese merecido la aprobacion de nuestros inteligentes. Tienen un pato silvestre regaladísimo que llaman *Canvass Back*, y seria superior al pavo, si lo aliñaran mas delicadamente; mas la caza es mui inferior á la de Europa, y ni hai liebres ni yo ví nunca un faisán. A pesar de sus agudas tentaciones de comer dos veces, rara vez saborean un segundo servicio; mas casi todas las mesas tienen sus postres (palabra que los Americanos pronuncian á su manera), los cuales cubren la mesa aun antes de que quiten los manteles, y consisten en pastelería, frutas en dulce, y cremas. Los Americanos son «extravagantemente apasionados,» segun su misma expresion, de *budines* ó pudingos, tartas y toda clase de dulce, con especialidad las damas; pero

de ninguna manera se pueden comparar con los gastrónomos de Europa en el conocimiento de sopas y guisados. Los mas de ellos no beben en la mesa sino agua, y por una contradiccion extraña el pueblo mas bebedor de la tierra es el que menos vino bebe comiendo; las señoras nunca pasan de un vasito, y la mayor parte de ellas no toman ni aun esa ligera porcion. En efecto la pasión de la bebida, que todo el mundo reconoce en aquellos habitantes, no la satisfacen en banquetes alegres, sino, hablando llanamente, en el rincon de la alcoba, cuando no vuelven repletos de la taverna. El café no se sirve inmediatamente despues de la comida, porque es parte de la grave ceremonia del té, que sale algunas horas despues. Las comidas de señoras y caballeros, propuestas como partidas de diversion, son rarísimas, y á no ser que se hallen reunidos varios extrangeros, poca es la conversacion que sazona los momentos de la mesa. Yo creo ademas que ciertamente no aumenta el buen órden de una comida el sentar á un lado las mugeres y á otro los hombres; sin embargo apenas se ve otra colocacion en sus convites.

Sus reuniones nocturnas ó tertulias son mas que soberanamente tristes: los hombres suelen jugar á las cartas ellos con ellos, y cuando juega una dama, es menester que no se juegue

por interes; no se conoce el *écarté* ó descarte, no se ve una pieza de agridrez; la música es escasisima, y la escasisima deplorablemente mala. Entre los negros oí cantar á varios que tenian hermosa voz y seguian con gusto y exactitud sus canciones, pero poquísimas veces oí á un Americano blanco hombre ó muger, que no se desentonara antes de llegar á la mitad, debiendo asegurar que no me apercibí, por lo que oí cantar en sociedad, de que tuvieran una leve tintura de los principios de la música. Comer desafortadamente pasteles, tortas y bizcochos, beber helado, devorar ostras en escabeche, y hacer alarde de la mitad de su caudal gastada en sargas y rasos, tales parecen las intenciones y objeto principal que se proponen en sus tertulias.

Muchos jóvenes me aseguraron que las reuniones mas animadas, y por consiguiente menos fastidiosas, eran las en que no se admitian las mugeres casadas, asercion de cuya verdad no me queda la mas ligera duda. Esas reuniones exclusivas son frecuentes y duran hasta mui tarde; creó que en estos casos generalmente pasan el tiempo bailando. En los bailes regulares se admiten señoras casadas, que no obstante su admision suelen tomar mui escasa parte en la diversion, y á menudo ninguna. Los refrescos son siempre abundantísimos y

costosos, pero la manera de tomarlos es lo mas desagradable y melancólico. Yo estuve en muchos bailes particulares, en donde no se habia perdonado diligencia ni gastos, y allí se sentaban á cenar los hombres en un cuarto separado, y las mugeres tomaban su colacion en pie en otra pieza.

Las giras de campo son mui raras, y cuando las emprenden, no todas salen bien. Los dos sexos estan separados la mayor parte del dia y no llegan á juntarse sin grandes restricciones y fastidio, porque esto se opone abiertamente á sus costumbres generales. Los hombres no pueden, sin faltar al decoro, abandonarse á su recreo de predileccion de fumar cigarrós y beber licores fuertes, y en quanto á renunciar á esos placeres, no hai tal dosis de complacencia en el carácter americano.

Las damas se sirven de métodos extraños para realzar la importancia de sus gracias: ya se pintan sin medida ni disimulo cara, cuello y brazos con almidon pulverizado, afeite que produce un resultado sobre manera desagradable de dia, y no mui ventajoso de noche; ya se cuelgan una peluquería entera en la cabeza, porque desgraciadamente por llevar mucho pelo, teniéndolo ellas en general mui hermoso de la naturaleza, se cargan de rizos falsos con

el exceso mas chocante (*). Me parece que esta moda proviene de la indolencia con que se ocupan de su tocador, y de la falta de camareras hábiles que sepan peinar con gusto; pues es menos incómodo pegar aquí un racimo de bucles postizos, allí otro, acá y acullá y en todas partes, que conservar el cabello natural en trenzas ó bandas bien aderezadas.

Aunque los gastos de vestir entre las damas exceden mucho en proporcion de su modo general de vivir á los de las señoras de Europa, el gusto, si se exceptua Filadelfia, está mui atras en los Estados-Unidos. Allí no se consultan las estaciones para los colores de los vestidos, sombreros y demas artículos del traje: yo he tiritado muchas veces, viendo á una jóven elegante atravesar la nieve con un sombrero de color de rosa bajo, puesto como un castillo roquero en la misma coronilla; y conocí tambien á una señorita cuyo lindo cabello se le quedó enteramente helado, por llevarlo de ese modo. Nunca usan manguitos ni botas, y les

(*). Mistress Trollope nota en las Americanas del Norte un defecto, moda ó como quiera llamársele, que en Inglaterra es, por lo ménos, tan general como nuestra viajera lo supone en los Estados-Unidos. La única diferencia que se advierte entre las Inglesas y las Americanas es que las primeras no son tan ricas de hermosas cabelleras como las segundas.

choca infinito el ver un buen par de zapatos fuertes y medias de algodón, aunque sea sobre el hielo y entre nieve. Ellas van en medio del invierno con sus pobres dedos metidos en prensa en sus escarpines de miniatura, que no les quitan mas humedad que la que recojeria el cáliz de una primavera; sin embargo debo añadir para excusarlas que esa coquetería parece menos extraña cuando se les mira los pies que casi todas tienen preciosos. Su marcha no es graciosa, y en general puede decirse que ninguno de sus movimientos lo es, pareciendo por lo comun mucho mejores cuando estan quietas que cuando se mueven; ni yo sé la causa de un defecto semejante, porque á la verdad tienen en abundancia los maestros de baile franceses. A mí se me antojaba que muchas veces solia descubrir cierta mezcla de afectacion y melindre en su paso corto y ligero, verdadero movimiento de menudeo, y en su eterno menear de manos. No bailan bien, ó mejor diria, no parecen bien bailando: toda la hermosura de sus rostros no puede suplir la falta absoluta de garbo y gentileza en una posicion, en que se presenta toda la persona, ni cubrir el defecto universal del busto, que rara vez es completo ó está formado con gracia.

Yo no he visto todavía á un Americano andar ó pararse bien; á pesar de todos sus eger-

cicios y revistas militares, casi todos son hundidos de pecho y cargados de espaldas : tal vez nacen estos defectos de no atreverse oficial alguno á decirle á un hermano libre « levanta la cabeza; » pero sea la causa la que quiera, el resultado á los ojos de un extranjero es muy notable. La estatura y fisonomía de la mayor parte de la poblacion son extremadamente hermosas en hombres y mugeres, pero no saben sacar partido de tan agradables ventajas, diez veces mas hermosos parecerian los habitantes de cualquiera otro pais con la mitad de la belleza de los Americanos del Norte.

En actividad y perseverancia para toda clase de especulacion, tráfico y empresa, que prometa algun provecho pecuniario, nadie les excede. Yo he oido decir á un Ingles que residia muchos años en América que siguiéndolos, alcanzándolos, encontrándolos, en la calle, en el camino, en el campo, en el teatro, en el café, ó en su casa, nunca habia escuchado una conversacion entre ellos, sin que la palabra *dolar* dejara de resonar á cada instante en el diálogo. Esa unanimidad y simpatía no se pueden encontrar con tal grado de perfeccion sino acaso en un hormiguero. El resultado es exactamente el que cualquiera preveria. Teniendo delante de los ojos eternamente por objeto único el bajo interes, se acostumbran inevitablemente á

pensar de una manera bajamente interesada, y, lo que es peor, ese apego sórdido al dinero acaba por último embotando la conciencia y apagando hasta la mas ligera chispa de probidad. Yo no conozco prueba de una evidencia mas palpable que la que del tono de sórdida moral, producido por esa pasion tan exclusiva como universal del dinero, da la descripcion que hacen los mismos Americanos de los habitantes de la Nueva-Inglaterra. Todos convienen en que ofrecen un espectáculo delicioso de industria y prosperidad, y citan aquel distrito y su poblacion constantemente como la muestra mejor de su admirable país; sin embargo no he encontrado un solo individuo de ningun estado de la Union, que no pinte á los habitantes de la Nueva Inglaterra como dobles, tacaños, egoistas y tramposos. Los Yanquies (como llaman á los Inglaterreros ó Nuevos Ingleses) confiesan esas cualidades con una sonrisa de satisfaccion, y se jactan de que no hai hombre en el mundo que pueda ponerse con ellos á sacar raja de un contrato. Les he oido referir á ellos mismos, y sin avergonzarse, anécdotas de sus compañeros y amigos que, si se creyeran entre nosotros, desterrarían á sus héroes para siempre de la sociedad y compañía de la gente honrada, y todo eso lo contaban con un aire de sencillez y buena fé que me solia hacer dudar

si los que hablaban sabrian lo que quiere decirse con honradez y probidad. Sin embargo los Americanos declaran que « ellos son los hombres mas morales de la tierra, » y lo he oido decir muchas veces no solo en la conversacion y en los papeles públicos sino en el púlpito. Tal jactancia de superioridad en virtud y costumbres provoca un exámen riguroso, y en cuanto á los resultados del que hice por mi parte, durante una residencia de cuatro años, observando con una atencion infatigable é informándome con el mas vivo interes, aseguro con toda la sinceridad y honradez de un convencimiento imparcial, que juzgo el carácter general de los Americanos del Norte mui inferior en virtud y costumbres al carácter general de los Europeos. De su religion, tal cual aparece en lo exterior, ya he tenido ocasion de hablar con frecuencia; no es mi ánimo el juzgar su corazon, aunque sin la menor presuncion ó falta de caridad, debo tomarme licencia para decir que la protestante Inglaterra y la católica Francia tienen á los ojos de un simple mortal semblantes mas religiosos y morales, tanto por la decencia venerable del culto externo, como por el fruto interior de probidad y buena fé que se advierte en el comercio de la vida y en todas las relaciones de hombre á hombre.

Bajo otro punto de vista, el que visite aquellas regiones, sin buscar mas que lo que el buen sentido puede hacerle buscar, á saber : un vasto continente, del cual está la mayor parte como salió de las manos de la naturaleza, y una poblacion ocupada, bulliciosa y trabajadora cortando y rompiendo para abrirse camino por él, no se llevará chasco. Lo que mas acrece el interes de aquel espectáculo, es la prodigiosa facilidad que ofrece el pais para el comercio interior, á causa de los rios, lagos y canales que cruzan el territorio en todas direcciones, y procuran á los ramos de tráfico pertenecientes á la agricultura y al comercio un movimiento tan rápido que en ninguna otra parte tiene egemplo. Este movimiento tan notable se advierte en todos los distritos de la federacion, por donde se ha derramado hasta ahora la poblacion creciente del pais, y forma en mi entender la particularidad mas digna de atencion y mas importante de aquella nueva sociedad. Apenas me acuerdo de haber visto una sola ciudad donde no hubiese buques ó barcos de esta ó la otra forma en perpetua y plena actividad.

Los carruages de toda especie no se parecen á los nuestros : los de los particulares, calculando por las apariencias, solo estan contruidos para servir en el verano, pues son mui